



Último tripulante vivo del Enola Gay:

“Lanzaría de nuevo la bomba” sobre Hiroshima

Han pasado 65 años desde que Theodore van Kirk, entonces un capitán de la fuerza aérea estadounidense, participara en la misión militar que cambió el curso de la historia. “Dutch” —como le decían sus compañeros— es el único tripulante aún vivo de los que iban a bordo del Enola Gay, el B-29 que el 6 de agosto de 1945 lanzó sobre Hiroshima “Little Boy”, la primera bomba atómica que se usó (la segunda fue en Nagasaki). Y asegura que no se arrepiente de haber sido parte de la misión.

Cerca de 80 mil personas perdieron la vida al instante, y a fines de 1945 los muertos se elevaban a unos 140 mil, aunque fueron muchas más las víctimas por las radiaciones en los años posteriores, indicó EFE.

“Nunca he pedido perdón por lo que hicimos en Hiroshima, y nunca lo haré. Nuestra misión era terminar la Segunda Guerra, tan simple como eso. Si no hubiésemos lanzado esa bomba, no había forma de que los japoneses se rindieran. Hubiéramos tenido que invadir el país y el número de muertos habría sido verdaderamente inimaginable. A ellos les enseñaron a pelear hasta que quedara el último hombre y habrían estado dispuestos a pelearnos con palos y piedras. Hicimos lo que tuvimos que hacer. No sólo salvamos vidas estadounidenses, también salvamos japoneses”, aseguró Van Kirk al diario bri-

tánico Daily Mirror.

En la entrevista, el capitán —que ahora tiene 90 años— recordó la noche anterior al lanzamiento. Ellos sabían el tipo de armamento que llevaban a bordo. Nerviosos, trataron de calmarse jugando póker hasta las dos de la madrugada, cuando partieron.

A las 8:15 de la mañana, el Enola Gay (bautizado en honor a la madre del piloto Paul Tibbet) se acercó a territorio japonés y se clavó sobre Hiroshima. Al lanzar la bomba, recuerda Van Kirk, ellos sabían que tenían 43 segundos para saber si había funcionado el detonador. Si nada pasaba en ese escaso tiempo,

la misión había fracasado. Pero también sabían que si la misión era exitosa, ellos podrían ser alcanzados por la explosión, de repercusiones desconocidas.

“Cuando la bomba se activó, mi primera reacción fue pensar ‘Gracias a Dios que funcionó’”, dijo Dutch. “Pero también había dudas de lo que podría suceder cuando detonó. Algunos científicos habían dicho que la explosión podría causar una reacción en cadena en la atmósfera que podría haber destruido todo el mundo”, comentó.

Pero “honestamente”, añadió, “mi mayor temor era que fallara y que todos nuestros esfuerzos hubieran sido en vano. Incluso, una bomba atómica intacta en el medio de Japón les habría ayudado a desarrollar su propia arma atómica”.

“No había forma de que los japoneses se rindieran”, asegura Theodore van Kirk, hoy de 90 años.



La tripulación sabía el tipo de armamento que llevaba a bordo y que había una posibilidad de que quedaran atrapados en la explosión.



Theodore van Kirk.